

“Andad en amor, como también Cristo nos amó”.*(Ef. 5:1-9)*

Ef. 5:1-9; Lc. 11:14-28

Jesús,
Cap. Miranda,
Hohenau.Texto: Efesios 5:1-9

1 “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. 2 Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante. 3 Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; 4 ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. 5 Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. 6 Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. 7 No seáis, pues, partícipes con ellos. 8 Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz 9 (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad)”.

Sermón

San Pablo exhorta a los cristianos a ser “imitadores de Dios como hijos amados”. Habla en primer lugar de una relación de Padre entre hijos en Cristo Jesús. Nuestra identidad como hijos de Dios comenzó y tiene lugar en el santo Bautismo. Pues allí somos adoptados por Dios el Padre como miembros de su santa familia, la Iglesia, somos hechos hijos de Dios, tomados del mundo de tinieblas para ser ahora “luz en el Señor”, de tal manera que andemos en vida nueva, la vida como “hijos de luz”.

Ser hijos de luz, significa llevar una vida de amor y de entrega. La luz resplandece en la oscuridad, de tal manera que alumbrá todo lugar donde vaya y donde se encuentre. De la misma manera, enseña San Pablo, los cristianos, como hijos de luz, deben alumbrar el camino y la vida de los demás con sus buenas acciones.

Sin embargo, para que esto suceda, el cristiano mismo primeramente debe ser iluminado con la luz del evangelio. Evangelio que resplandece en nuestros corazones por el obrar del Espíritu Santo en nuestras vidas, a través de la Palabra y los Sacramentos, que nos da el don de la fe. Antes, estábamos en tinieblas espirituales; ahora, somos luz en el Señor. Por lo tanto, no se comporten otra vez como si anduvieran en camino de oscuridad, sino anden en camino de luz.

San Pablo enumera algunas actitudes y vicios de aquella época que podían afectar el caminar de los cristianos en la vida diaria, como miembros bautizados. En primer lugar menciona la fornicación; en segundo lugar, la inmundicia, o avaricia; y dice que ni siquiera esas cosas deben nombrarse entre los cristianos. No está prohibiendo hablar de sexualidad, ni tampoco de dinero. Lo que llama la atención el apóstol es a entablar conversaciones improductivas, que afectan nuestra mente, llevándonos a pecar en primer lugar en pensamientos, y que luego pueden desembocar en pecados de índole sexual o bien económica. La fornicación está prohibida por Dios en la Biblia, por tratarse de las relaciones sexuales previas al matrimonio entre un hombre y una mujer, según lo establece el mandato de Dios en Génesis 2:24: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”. Este sigue siendo un problema en el tiempo presente: parejas que conviven juntas, y no se casan, acarreado o atrayendo sobre sí la ira de Dios, como san Pablo dice en el v. 6: “porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia”. Los llama hijos desobedientes, no porque en primer lugar hayan desobedecido el consejo de sus padres, sino porque desobedecieron el mandamiento de Dios, su Padre celestial. Pero, a pesar de todo, Dios los llama “hijos”, porque Dios todavía se considera su propio Padre, y por lo tanto, podemos ver en este pasaje también la gracia de Dios, que los llama al arrepentimiento sincero de sus pecados, y a confiar en el perdón de sus pecados.

Y la razón por la cual Dios los llama “hijos”, se debe concretamente por causa de Cristo. Este Hijo único, fiel y obediente, aguantó, soportó y sufrió la ira de Dios por sus pecados, muriendo por eso en una cruz. San Pablo dice que “Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”. Las ofrendas del Antiguo Testamento incluían ofrendas de cereales, y de animales como la paloma o el cordero. Leemos en Éxodo 29:15-18:

15 Asimismo tomarás uno de los carneros, y Aarón y sus hijos pondrán sus manos sobre la cabeza del carnero. 16 Y matarás el carnero, y con su sangre rociarás sobre el altar alrededor. 17 Cortarás el carnero en pedazos, y lavarás sus intestinos y sus piernas, y las pondrás sobre sus trozos y sobre su cabeza. 18 Y quemarás todo el carnero sobre el altar; es holocausto de olor grato para Jehová, es ofrenda quemada a Jehová.

El altar de la cruz fue el lugar donde nuestro Señor Jesucristo, el Cordero de Dios, fue sacrificado por nuestros pecados. Él cubrió con su sangre nuestros pecados, y por su muerte hizo satisfacción por ti y por mí. En nuestro lugar fue crucificado, para que desde allí pudiera brotar y derramar para nosotros el perdón y la vida. Este sacrificio único e irrepetible, fue aceptado por Dios en pago por nuestros pecados. Y de la manera como en el Antiguo Testamento, el cordero era sacrificado en holocausto de “olor grato para el Señor”, del mismo modo también Jesús llegó a ser el sacrificio agradable a Dios. Jesús hirvió de amor por nosotros, y la ofrenda de su vida, logró rescatarnos del pecado y la muerte eterna. Fue la “ofrenda quemada” para el Señor en el altar de la cruz. El autor de la carta a los Hebreos dice que delante de Dios “somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Heb. 10:10). El grato aroma, y el olor fragante del Cordero de Dios, sacrificado en la cruz, fue la ofrenda que Dios aceptó en pago completo de todos nuestros pecados.

De esta manera podemos entender mejor, queridos hermanos, a la clase de amor a la cual san Pablo se refiere, al decirnos que nosotros los cristianos debemos “andar en amor, como también Cristo nos amó”. Es el amor de la entrega, el amor que se ofrenda a sí mismo por el otro, sin esperar nada a cambio; el amor del sacrificio, el amor que es capaz de dar la vida por el prójimo, sea amigo o enemigo. Este es el amor de Dios que se revela en la cruz, del cual nosotros fuimos beneficiados, y esto, por sola gracia del Padre celestial. No es un amor que merecíamos, sino un amor tal que no debería ser destinado para nosotros.

Nuestro amor, en realidad, copia a veces el amor del mundo: no es desinteresado, sino egoísta; no es libre y voluntario, sino mezquino y codicioso de ganancias; no es un amor humilde, sino uno que intenta trepar y aplastar; no es un amor que da la mano en señal de paz y reconciliación, sino que muestra el puño con violencia extrema. Por eso, queridos hermanos, no seamos como el mundo incrédulo, y oscurecido en maldad, no seamos hijos desobedientes de Dios, sino hijos obedientes, respetuosos, amables, lentos para la ira, prestos en ayudar, dispuestos a ir más allá, como Jesús enseña, si alguien quiere “ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, vé con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses” (Mt. 6:40-42). Eso en cuanto a ti. En cuanto al prójimo que recibe, vale también la palabra de Dios que dice: “No robarás. ¿Qué significa esto? Debemos temer y amar a Dios, y por lo tanto no quitar a nuestro prójimo su dinero o bienes, ni conseguirlos por (por medio de) falsas mercaderías o negocios; mas debemos ayudarlo a conservar y mejorar sus bienes y medios de vida”. Si recibiste prestado, es natural de una persona que se considera cristiana devolver lo que tomó prestado. No sea que, por avaricia, no solamente termine perdiendo la amistad con una persona, sino también atraiga sobre sí mismo la ira de Dios y al final pierda la vida eterna. Como está escrito en el v. 5: “Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios”. Temamos, pues, el atraernos la ira de Dios por causa de la fornicación o de la codicia. Antes bien, andemos en camino de luz, no de oscuridad, comportándonos como hijos amados de Dios, con vidas ordenadas, estando en paz unos con otros, revestidos con sentimientos de humildad sincera, y del amor que sirve al prójimo en una vida de entrega voluntaria por los demás, por la fe en Cristo Jesús, quien nos amó a nosotros primero, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante. Amén.